

lo acusaban, y por mas arbitrios que ponía en juego, no podia convencerme de que era indigno de mi cariño.

Era preciso trocar en ódio y desprecio el amor que le tenia, y esto para mí no era posible..... No sentia en mi alma fuerza bastante para intentarlo..... Que lucha tan desapiadada se entabló en mi corazon, desde el momento en que mis padres me dejaron entregada á mis propias reflexiones..... Sin embargo, no puedo negar que mi deseo siempre prevaleció en obsequio de mis padres. Con las lágrimas en los ojos y el corazon hecho pedazos hice, ante una imagen de la vírgen, que al pié de la cruz por nosotros sacrificó lo que tenia de mas grato, el sacrificio de mi amor á Arturo.

¡Seré desgraciada exclamé, porque no podré volver á amar otro hombre;! pero es preciso que cumpla la voluntad de Dios manifestada por la de mis padres.

Despues de concluir con esta aspiracion, pronunciada con un acento en extremo débil y tembloroso, me incorporé, bajé de mi lecho, me acerqué á mi escritorio, extendí en él, un pequeño pliego de papel, tomé en mis manos una pluma, y despues de permanecer mas de quince minutos en una agitacion que no me dejaba trasar

una sola línea, por fin pude con un temblor creciente estampar estas pocas palabras:

„Arturo:

Olvidame!.....

No puedo ser tu esposa, y sin embargo, te amo como nunca. Martirísame hasta hacer que pueda aborrecerte!..... Te lo suplica con todo su corazon

Marta.„

Cerré la carta, y entregándola á la criada, me resigné á sufrir sus fatales consecuencias.

Y sin embargo, aunque en la apariencia cumpliendo con el deber de una hija, rechazaba á Arturo, en mi interior su imagen vivia continuamente, y su recuerdo era la sávia que alimentaba mi existencia.....

Poco despues de haber dado este paso, ví penetrar á mi madre. Venia á consolarme, á cumplir su oferta. Se acercó á mí, yo me encontraba aún sentada cerca de mi escritorio.

—¿Porqué te has levantado hija mia? me preguntó con cariñoso acento.

—Para consumir un doloroso sacrificio, contesté con la voz embargada por la emocion.

—¿Qué has escrito de nuevo á Arturo?

—¿Podía no hacerlo, madre mia? era preciso que me despidiera de él, para que vuestras órdenes pudiesen ser cumplidas.

—Eres generosa Marta me dijo mi madre; pero por Dios hija querida, que no sepa tu padre que lo has hecho, porque tendría un fuerte disgusto.

—¿Por qué? ¿acaso no cumplo con su voluntad, en lo que acabo de hacer?

—Sí, pero tú has escrito de nuevo á Arturo, despues de saber que era indigno de toda relacion contigo. Tu padre lo habia arreglado ya todo con él, de modo que tu no debias haber tomado parte en este asunto.

—Lo ignoraba madre mia, pero ¡cómo! ¿mi padre ha hablado ya con Arturo?

—Sí, le manifestó uno por uno los informes todos que habia recibido sobre él, le increpó el haberse atrevido á cortejarte siendo lo que es, le manifestó que desde ese momento todo concluia entre tí y él; que le retiraba todas sus promesas, dictadas ántes de saber lo que despues habia llegado á su noticia; exijió y obtuvo todas tus cartas, y le hizo prometer que á nadie revelaria el haber tenido relaciones contigo, porque cualquiera jactancia que saliera de sus labios,

ó el menor esfuerzo que hiciera para reanudar de nuevo sus relaciones, tu padre denunciaria todos sus crímenes.

—¡Pobre Arturo! exclamé yo involuntariamente; mi pobre madre se sobrecogió al oír mi exclamacion, y con turbado acento me dijo.

—¡Cómo! ¿qué dices hija mia? ¿Acaso no te regosijas con nosotros de verte libre ya del grave riesgo en que te encontrabas? ¿No ves que era un espantoso abismo el que se abria á tus piés, y que de él te ha librado la Providencia divina?... ¡Ah! ¿no te causa esto un indefinido contento, una satisfaccion extraordinaria?

—¡Todavía nó, madre querida!..... contesté tímidamente; mi pobre madre suspiró.

—Pues es preciso Marta,—me dijo—olvidar por completo á ese hombre, porque si tú nada pones de tu parte, podrás verte envuelta en serias amarguras, ¿qué no harás un esfuerzo por complacernos?

Era tan tierno y á la vez tan suplicante el acento de mi madre, que no pude ménos que contestar resueltamente:

—Sí madre mia, os prometo complaceros.

—¡Bendita seas! continuó estrechándome contra su corazon. Dios premiará tus virtudes Marta. ¡Dios te hará feliz!....

Así continuamos hablando largo rato, hasta que la entrada del médico interrumpió nuestra conversacion; dijo, que me encontraba muy débil, y en extremo nerviosa; recetó unas cucharadas, y se despidió recomendando mucho para mí el ejercicio y la distraccion.

Desde entónces mi vida fué más agitada, me era preciso para complacer á mis padres, acompañarles á todos sus paseos, á pesar del gran disgusto que todo esto me causaba.

A Arturo no habia vuelto á verlo hacia ya algunos dias, y mi espíritu se encontraba en el mas completo abatimiento.

Tenia yo esperanza, ó mas bien, estaba en la creencia de que él debia aun escribirme por la última vez despues de todo lo ocurrido, contestando mi última esquela, disculpándose de los cargos que se le hacian, y cada momento que pasaba sin ver realizadas mis esperanzas, para mí era un instante de nuevo martirio, no podia yo comprender por que no me escribia, y mi agitacion iba continuamente en aumento; pero no debia por fin ser tan desgraciada en este deseo; llegó por último el momento en que se realizó.

Era una tarde tempestuosa, cuando me encontraba sentada detrás de mi ventana, miéntras mis padres se hallaban con una visita en la sala,

el agua corria á torrentes, y el cielo oscuro tenia un aspecto aterrador. Mi pensamiento fijo en Arturo oprimia mi corazon; repentinamente palpitó con fuerza, y mi vista se detuvo en un embosado, que parado por la acera de enfrente, fijaba en mí la vista con tenacidad; en aquel hombre reconocí al que tanto amaba, y una sensacion de placer y de temor se apoderó al mismo tiempo de mi alma!.....

Arturo al notar que le habia visto, arrojó á mi ventana un objeto, yo trémula, agitada, abrí la vidriera, y tomé lo que Arturo me enviaba, y temerosa de que lo viesen, le dirijí una mirada llena de cariño, ardiendo de ternura, y le supliqué con una señal que se retirase. Arturo entónces me vió lleno de amor, y colocando una mano sobre el pecho, y señalándome con la otra el cielo, llamándolo como testigo de su inocencia, partió, dejándome en un estado terrible de agitacion.

Apénas lo ví desaparecer, cerré presurosa la ventana, y echando mano á la llave, cerré bien la puerta para no ser sorprendida y abrí con mano trémula la carta que Arturo habia arrojado á mi ventana; en aquel papel se veian borradas varias palabras por las lágrimas; era una carta llena de fuego. Arturo me juraba ser inocente, y víctima de una infame calumnia; llamaba á

Dios por testigo de sus palabras; asegurándome que jamás podría olvidarme.

Reiteraba sus juramentos, y me decía que el día que yo le retirase mi ternura, pondría fin á una existencia, que solo á mí me consagraba, y que tan solo por mi amor vivía.

Esta carta produjo en mí el mayor efecto; el amor es ciego, y yo creí en la inocencia de aquel hombre, y mi corazón se consagró á amarle con mas ardor que ántes.....

¡Hé aquí el principio de mi falta, hé aquí la causa de mi ruina!.....

Desde que yo ví en Arturo la inocente víctima, mi corazón fué suyo, y juré ante el Eterno, no participar de la injusticia de los hombres....

Desde entonces me encerré en una criminal reserva, jamás mis labios se abrían para pronunciar su nombre, y mis buenos padres creyendo que le había olvidado, nunca me hablaban de él, y rodeaban mi vida de encantos y delicias, prodigándome con exceso las caricias de su ternura; pero estas caricias me hacían daño, porque yo los engañaba; creían que en mi alma reinaba el olvido, cuando estaba llena de amor; abrigaban la seguridad de que entre Arturo y yo todo había concluido, cuando era más estrecho el vínculo que nos unía....

¡Oh, cuánto el remordimiento me acosaba y torturaba mi conciencia!..... ¡Cuántas veces al recibir las protestas de su gratitud y sus caricias, me ví tentada de arrojarme á sus piés y confesarlo todo!..... ¡Ellos me habían prohibido que amase á Arturo, y yo le amaba más que nunca!..... ¡Me habían mandado olvidarle, y yo solo vivía de su memoria!..... Varias veces cuando le acusaban quise defenderle; pero entonces resonaba en mis oídos la amenaza de mi padre; me parecía ver á Arturo arrastrado ante los tribunales, sufriendo inocente la pena del culpable!..... y á estos pensamientos mis labios enmudecían temiendo traicionarme, y mi secreto se ocultaba en el silencio de la tumba!..... Así trascurrieron los días, todas las mañanas encontraba en mi ventana una carta, que Arturo durante la noche me arrojaba, y estas alimentaban mi pasión, que atizada por los obstáculos cada día tomaba nueva vida. Yo consecuente á las promesas hechas á mis padres, no cultivaba con Arturo correspondencia alguna; solo una vez le había escrito para decirle que creía en su inocencia, que no le retiraba mi cariño. Le prevenía que no volvería á escribirle, acatando las órdenes de mis padres, pero que en silencio siempre le amaría. Arturo á todo se resignaba, y continuamente me daba

pruebas mas inequívocas de un amor nunca desmentido.

En medio de mi soledad, no tenia yo mas consuelo que sus cartas, y él no tenia más señal de mi cariño, que una rosa blanca que colocaba yo siempre al pié de mi ventana; jamás pasaba él por mi casa á horas en que mis padres pudieran verlo; así trascurrieron seis meses, sin hablarnos ni vernos juntos una sola vez al ménos, esto alimentaba nuestra ilusion, y nuestro amor léjos de entiviarse con la prohibicion, tomaba mas incremento.

Durante este tiempo, yo me veía obligada á frecuentar la sociedad, pero jamás encontré á Arturo en estos círculos, pues accediendo á mis súplicas, y temeroso de disgustar á mis padres, jamás se presentaba en los lugares donde podiamos encontrarnos; esta condescendiente prudencia aumentaba mi cariño, é inflamaba en mi alma la llama de la gratitud.

Como era de esperarse, pronto se me presentaron varios amantes nuevos, brindándome su corazon, y solicitando mi mano; pero yo á todos rechazaba, y cuando mis buenos padres me instaban para que en alguno me fijase, les contestaba yo, que habia renunciado á Arturo por complacerlos, que me encontraba feliz á su lado, y que

no me obligasen á unir mi mano á un hombre que no poseia mi corazon.

Entónces me decian, que solo querian mi felicidad, y que jamás forzarian mi voluntad, me arrojaba yo en sus brazos cubriéndolos de caricias, y continuaba viviendo á su lado, siempre tranquila, y consecuente al amor que se ocultaba en mi alma.

Un dia en que cosia al lado de mi madre, mientras ella bordaba, vimos penetrar en nuestro gabinete á mi padre; traía en sus manos un pliego, y en su fisonomía se pintaba el disgusto.

Al verlo temblé, se me figuró que todo lo habia descubierto, y venia á leerme la sentencia de Arturo: una palidez mortal cubrió mi rostro; las lágrimas se agolparon á mis ojos, y para ocultar mi turbacion, incliné la cabeza sobre el pecho, y continué presurosa mi labor.

Mi buen padre estaba preocupado, y no notó la turbacion que me acusaba; sus palabras fueron devolviéndome la calma, y al fin recobré mi aparente tranquilidad.

Margarita dijo dirigiéndose á mi madre; acabo de recibir una carta de España: mi buen tio el Baron de H. . . . , se halla próximo á morir, y me llama para que reciba sus últimas disposiciones, dejándome como único heredero de su cuan-

tiosa fortuna: el deber me guía á su lado, esposa mia, y tendremos por breve tiempo que separarnos.

Al decir mi padre estas palabras, entregó el pliego á mi madre, y fijando en mí sus ojos, en los que brillaban algunas lágrimas, esperó nuestra respuesta.

Y ¿no podrias llevarnos contigo, padre mio? pregunté tímidamente, (alentada con la esperanza de descubrir en España la inocencia de Arturo, y una vez convencidos de ella mis padres, poder á nuestro regreso entregar mi mano, al hombre á quien tanto amaba.)

Ya veremos hija mia, me contestó mi padre, fijando en mí con una ternura inmensa sus miradas, pero lo creo muy difícil; sin embargo, si es posible, partiré con vosotras; ¿tú tambien irias con gusto? exclamó mirando á mi madre.

Yo sí, Fernando, respondió ésta; demasiado sabes, que lo único que me disgusta en la vida es estar léjos de tí: pocas veces nos hemos separado, y cuando esto ha sucedido, es cuando la vida se me ha presentado llena de melancolía y cubierta de amargura.

Mi padre se acercó á mi madre en esos momentos, tomó entre las suyas una de sus manos,

la estrechó contra su corazón, y exclamó con un acento conmovido:

¡Tú has sido la mejor de las esposas! Tu ejemplo es el más bello dechado, por el que nuestra hija puede llegar á perfeccionar las virtudes que posee ya.....

Tú has sido testigo de nuestra felicidad conyugal, continuó dirigiéndose á mí, tú has visto, hija querida, cuán suave y tierna se ha deslizado a existencia para nosotros; nunca las negras nubes de la desgracia han venido á empañar el sereno horizonte de nuestra vida; por eso hemos sido felices en nuestro estado, conservando, apesar del trascurso de veinte años que hace nos unimos, las gratas ilusiones de los primeros años.

Es igual la dicha que para tí anhelamos, Marta; con tus eminentes dotes morales, puedes tambien, unida á un hombre virtuoso y digno de tí, ser tan feliz como tus padres: este es nuestro más vivo deseo; nuestra más ferviente plegaria, y el Eterno, á quien jamás se pide en vano, nos concederá ver realizados nuestros más vehementes ensueños.

Gracias, contesté afablemente á mi buen padre, Dios premiará la ternura y la bondad de vuestro corazón.

Despues de estas manifestaciones ardientes de